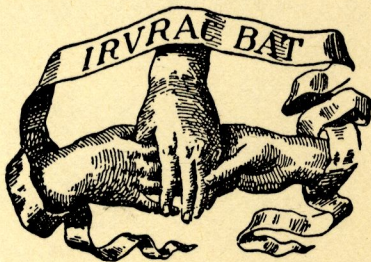


BOLETIN

DE LA
REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

Año XXV — Cuadernos 2.º y 3.º



Redacción y Administración: Museo de San Telmo
SAN SEBASTIAN

1969

en el año 1944. Otra exposición interesante fue la bíblica de 1948, cuyo catálogo también fue publicado por la Diputación.

La labor de dirección de Don Darío se reflejó en dos sucesivos Catálogos, ambos de la Sección Vascongada de la Biblioteca Provincial: el primero publicado en 1919 y el segundo en 1954, este último completado y dado a luz por el equipo que trabajó a sus órdenes, cuando ya se hallaba jubilado.

La personalidad de D. Darío era bien definida en todos los aspectos. De carácter independiente, incapaz de pasar por cualquier lenidad complaciente, era funcionario celoso de sus prerrogativas y derechos, que defendía con gallardía enérgica. Los que asistieron en Madrid al Congreso Iberoamericano de Archivos y Bibliotecas, aún recuerdan la firmeza y tesón con que alzó su voz para la defensa de sus opiniones en materias profesionales. Tenía un genio vivo y pronto, pero en su alma noble no cabían reservas ni rencores, y olvidaba generosamente las ofensas.

Fue siempre un espíritu liberal, comprensivo con las ideas de los demás, pero sin apartarse de su propia ideología monárquica y española, llevada con la firmeza con que los vascos de pura cepa saben mantener sus más hondas convicciones. Su catolicismo profundo y entero fue siempre ejemplar y fecundo (dos de sus hijos ingresaron en la Compañía de Jesús) y hasta sus últimos años le veíamos acudir a la Residencia, donde oía misa y comulgaba fervorosamente.

Descanse en paz el ilustre archivero e historiador y que su recuerdo perviva en todos nosotros y nos anime a seguir su rectilínea conducta, su profundo saber, su amor al País Vasco, y su ejemplo de entrega total a una nobilísima profesión, realización concreta de una vocación apasionada.

Carlos González Echegaray

In memoriam

DON JOSE OLAIZOLA GABARAIN

Ha muerto don José. La noticia me la han traído los periódicos de esta mañana. «Aita gurea zeruetan zagozana...». Contigo estará sin duda, Señor, en el paraíso, el hombre y el músico Olaizola. Y con tu Madre, a la que ya verá con más proximidad que la del Coro de Santa María. Que así sea. Goian bego!

Conocí a don José en San Sebastián hace años. Coincidíamos en Kojua Segundo y Víctor Olaeta, gerniqueses, y yo. Se habían reunido allí con Olaizola para hablar... de música. Pocas comidas recuerdo pa-

ra mí más gratas. Después me he preocupado bastante de este personaje de primera fila en nuestra música. Y él aceptaba bien mi amistad, sellada con importante correspondencia. Así que su muerte me ha caído con la sensación de algo irreparable. Esa misma impresión he sacado al leer las notas de la prensa: la gente apreciaba a don José como algo bueno de difícil repetición.

Con la urgencia que requiere el caso, me veo obligado a enviar a este BOLETIN algunas de las muchas notas que poseo sobre Olaizola. Con más calma, espero preparar una biografía más completa para alguna de nuestras publicaciones musicales. Vayan ahora unas notas que supongo conocidas y que completarán las publicadas por nuestra prensa diaria en homenaje a nuestro gran músico.

Creo importante recordar que fue la Sociedad Vascongada de Amigos del País la que proporcionó a Olaizola sus conocimientos y preparación musical. A los 15 años, después de haber aprendido los primeros rudimentos musicales con Manuel Cendoya, organista de Hernani, opositaba a una Beca creada por la Excm. Diputación de Guipúzcoa en la Academia de Música de San Sebastián. El Archivo de la Sociedad (Caja n.º 4, Legajo n.º 9) conserva el Expediente de tal Beca de 5.000 pesetas concedida el 30 de junio de 1898. Se presentaron cinco solicitudes:

Eleuterio Izaguirre Tellería,	de Aduna,	de 19 años
Luis Aramberri Yarza,	de Rentería,	de 14 años
Alejandro Sorarrain Irazu,	de Asteasu,	de 19 años
Ignacio Bereciartúa Uranga,	de Beasain,	de 15 años
José Olaizola Gabarain,	de Hernani,	de 15 años

El 5 de octubre de 1898 estudió el Claustro de Profesores los ejercicios de oposición, que el Expediente conserva en papel pautado, y acordó proponer como becarios a cuatro de los cinco opositores, clasificados por este orden:

- 1.º Alejandro Sorarrain Irazu, de 19 años.
- 2.º Luis Aramberri Yarza, de 14 años.
- 3.º Ignacio Bereciartúa Uranga, de 15 años.
- 4.º José Olaizola Gabarain, de 15 años.

Expedientes posteriores conservan las calificaciones de los numerosos estudiantes de música de esta Academia, entre ellas las de nuestro Olaizola. El año 1900 obtiene la calificación de SOBRESALIENTE en el Primer Curso de órgano. Al año siguiente multiplica su trabajo y cursa 2.º y 3.º de órgano con calificaciones de NOTABLE. La misma calificación obtiene en 2.º curso de Armonía. En 1902 termina los cua-

tro cursos de órgano con calificación de NOTABLE. Ya tenemos casi a gran organista. En 1905 ocupa la plaza de órgano de San Pedro, en el Muelle. Y el 11 de octubre de 1906 se hace cargo de la plaza de Santa María. Pocos días antes, el 21 de setiembre, había fallecido el organista titular, José Antonio Santesteban, que a su vez había sucedido a su padre José Juan en esa plaza en 1879. Alguien ha dicho que Olaizola sucedió al «Maishuba». Conviene aclarar que el «Maishuba» fue Santesteban padre (1809-1884).

Con emoción recordaba Olaizola esta fecha. En una carta que me escribía el 6 de julio de 1966 me decía: «Aurtengo urrillan irurogei urte beteko ditut Donostiako Eliz Nagusi dan Santa Mariako organo jorzaille». El concurso no debió de ser fácil por los candidatos presentados. Buenaventura Zapiain, el lequeitiano-donostiarra, diez años mayor que Olaizola, había ya gozado de las mieles del triunfo con los estrenos de «Chanton Piperri» (6 de enero de 1899) y primera versión de la ópera «Amboto» (12 de julio de 1906). Todavía estaba fresco este éxito y sus recientes estudios en París con Alex Guilmant. El otro opositor, el errexildarra Juan María Ugarte, mayor también en cinco años que nuestro Olaizola, venía también precedido de justa fama. En 1903, antes de ordenarse sacerdote, gana por oposición la plaza de Maestro de Capilla de la Catedral de Zamora, a la que renuncia poco después (19 de diciembre de 1904) recluyéndose voluntariamente como organista de la perdida aldea de Albistur. Olaizola se llevó la plaza contra tan significados oponentes.

Recordados estos datos relativos a su «profesión de organista», creo que para ir completando una visión de la personalidad musical de don José Olaizola es forzosa una referencia a su formación y producción musical vasca. Cuando resultó vencedor de los dos primeros Festivales de la Canción Vasca con sus obras «Mendietan» y «Begoñako Ama» era irresistible la tentación de pedir a don José la «receta» con la que hubiera «rociado» aquellos guisos musicales. No se hizo tardar su respuesta: «Para mí — me decía en una de sus cartas — la receta es el corazón... Lo importante en el músico vasco es su formación que comienza en el hogar y se extiende por nuestra campiña saturándose su vida entre «bertsolarismo» y su canción que brota del pecho del baserritar».

Olaizola disponía de toda esta formación. «En mi familia — me decía — había cuatro hermanos de mi madre, tíos míos, bertsolaris. Mi misma madre participaba de ese «don» de improvisación. En las fiestas patronales de mi pueblo se reunían los cuatro hermanos, ya casados, en casa de su madre, mi abuela, y había que oírles alrededor de la mesa, en torno de su madre, las inspiradísimas improvisaciones que dedi-

caban a su madre viuda. Nada de extraño tiene que un corazón moldeado así, se deleitara luego oyéndoles cantar a un Pedro Mari Otaño (Katarro), a su tío José Bernardo, a Udarregui, a Pello Errota, Txirrita, Clegario y otros. Vocación nacida de niño y que pervive hoy con la misma fuerza y emoción».

Esta es la formación interna del espíritu musical de Olaizola. Después vendría su formación técnica con sus profesores de la Academia musical de la Sociedad Vascongada, y con los continuos contactos con tantos y tantos amigos músicos. Y en este ambiente, las tres producciones musicales que más ha estimado nuestro Olaizola: «Amets Urdiñak», «Oleskari zarra» y «Sorgiñetan». Lo sé por sus propios escritos. La primera, según él, es una producción «incipiente aún en estudio de armonía; improvisé letra y música a la vez, sobre el piano. Titulé «Amets Urdiñak». Fue estrenada en Eibar por el tenor don Víctor Garitaonandia y mi hermano Gabriel (bajo) acompañados por mí al piano».

Después vino «Oleskari zarra», idilio vasco con ilustraciones musicales. Se estrenó en el Primer Congreso de Estudios Vascos de Oñate, en 1918. Entonces dijo el Padre Donostia que «era lo más vasco que se había escrito para el teatro». «Téngase en cuenta – me advierte el propio Olaizola – que toda la música del mismo, menos la parte del cuento, es original. Es curioso que todo lo que canta el Oleskari hiciera sin piano ni ningún otro instrumento, improvisando como los bertsoariak». Esta primera versión se repuso en el Teatro Principal de San Sebastián, creo que el año 1919. Y fue una nueva versión la que, patrocinada por el Ayuntamiento de San Sebastián, se representó en el Victoria Eugenia en 1956. Oigamos al mismo Olaizola relatar cómo nació esta ópera «la más entrañable para mí de toda mi producción de música profana».

«Fue en Aya – dice – donde yo pasaba mis vacaciones de verano. Una excursión por monte a Alzola de Aya con Zinkunegi, autor de la versión al euskera del «Criterio» de Balmes, y José García, Secretario del pueblo, movió mi espíritu a componerla. Tres horitas andando a pie hasta la casa rectoral. Aquella cadena de montañas tan variadas en accidentes y en color que ponían al alcance de nuestra vista las grandes lejanías, iban forjando en mi alma esa figura musical. Tras una hora de amena charla con el bueno de don Leandro Urretabizkaya y saboreando el rico queso del País, acompañado de un buen vino navarro, emprendimos la vuelta que fue algo espectacular, impresionante. Nos sorprendió la noche en mitad del trayecto. ¡Qué maravilla la hora crepuscular! Sonaron los dulces tañidos de campana de Santa Engracia de Aizarna; era el Angelus. ¡Innenarrable! ¡Qué poesía! Yeguas y una va-

riedad de animales que corrían a sus refugios. Donostia a la vista, toda iluminada... Eso fue lo que me movió a componer la obra más íntima de mi alma: «Oleskari zarra». La situé en el mismo lugar donde tan gratas impresiones experimenté. Allí, ante la ermita de Alzola se celebra la romería y la asamblea de los «etxeko jaunes». Y allí suena también el Angelus de Santa Engracia de Aizarna».

Por fin, «Sorgiñeta». Ballet vasco que Olaeta ha representado varias veces. También de esta obra me cuenta Olaizola su origen: «Lo compuse en Francia, en el viejo castillo de Breuil (Château du Breuil, siglo X - aclara -), Cissac, Gironde, Alto Médoc. Su aspecto tétrico, mazmorras donde estuvo prisionero el príncipe negro de Inglaterra, lugar de la horca, galería desde donde presenciaba el señor feudal la llegada de los prisioneros, el patio de las armas y la galería subterránea...; todo ello, sin duda, venía en mi imaginación forjando la idea de nuestros «sorgiñetas» y sus cavernas... Allí pues, en el mismísimo Chateau du Breuil salió mi «Sorgiñeta», con personajes muy coincidentes con algunas figuras de aquella época.» Don José Uruñuela, excelente crítico musical y el primero de nuestros músicos de danza y ballet, dijo que «no diré que Olaizola sea el mejor músico entre los músicos vascos, pero sí diré que es el más vasco de todos ellos». Y lo dijo al analizar la partitura de «Sorgiñeta».

Muchas cosas más quisiera decir, y diré, como he prometido, sobre Olaizola. La urgencia de estas notas me lo impide. En ellas he querido decir algo sobre este gran organista y músico vasco que ha llenado tres cuartos de siglo. Músico sincero, hombre pulcro, a quien el Señor, sin duda, tendrá preparado en la gloria un gran Cavaille-Col para sus ratos de ocio.

Guernica, 10 de junio de 1969
José Antonio Arana Martija

MONSEÑOR SAGARMINAGA.
MAGISTRAL ORGANIZADOR MISIONAL

Sagarmínaga, un apellido vasco, un carácter vasquísimo, un hombre vasco con aspiraciones ecuménicas y universalistas.

Falleció en acto de servicio: al momento del choque de su tren, preparaba las conferencias misionales que había de dictar en Vigo. Era el hombre del tren, su compañero inseparable con el que llegaba a todos los rincones de España y hasta a Italia y naciones circundantes.

Nacido en Yurre (Vizcaya) el 1 de marzo de 1890. Estudia en la Universidad Pontificia de Comillas. Fuera de una modesta labor de Pro-